

La (in)visibilización de la mujer en el discurso historiográfico de Mexicali

Mejía Sánchez Cindy Nayely

Universidad Autónoma de Baja California

nayely.mejia@uabc.edu.mx

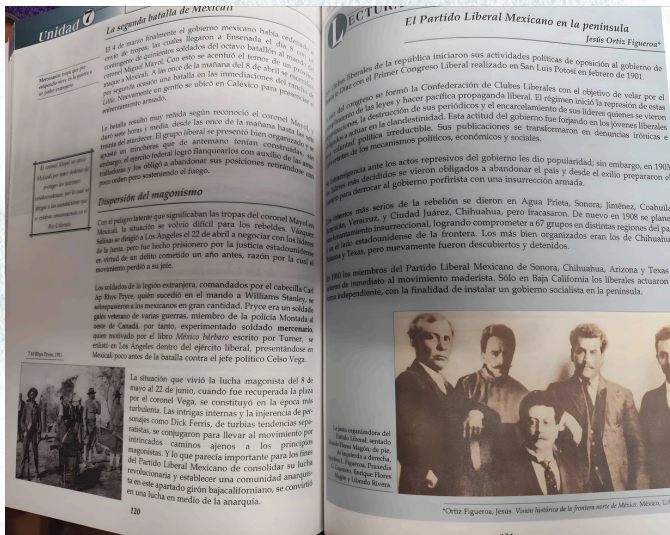
<https://orcid.org/0009-0008-6514-4992>

CÓMO CITAR

Mejía, C. (2025). La (in)visibilización de la mujer en el discurso historiográfico de Mexicali. *Cultural-e*, 3(2), 17-20.
<https://revistacultural-e.uabc.mx/index.php/revistacultural-e/article/view/53>

¿Has notado que cuando leemos la historia de una ciudad los nombres que suelen repetirse son de hombres? Políticos, empresarios, líderes comunitarios... los vemos en las placas conmemorativas, en las calles que llevan sus apellidos y, claro, en los libros de historia. Si recuerdas tus libros de primaria o secundaria, seguramente te vienen a la mente esas fotos en blanco y negro de hombres con traje, bigote y pose solemne, como si ellos solos hubieran construido el país. Nada de eso era casual.

A lo largo de todos esos procesos, las figuras que aparecen en los relatos oficiales son, otra vez, hombres: ingenieros que dirigieron obras, empresarios que encabezaron proyectos agrícolas, funcionarios que tomaron decisiones políticas y líderes comunitarios que ocuparon los espacios visibles. Esta repetición no solo muestra quiénes tenían ciertos cargos, sino también cómo se eligió contar la historia. Nada de esto surge “sólo porque sí”: es resultado de una forma particular de seleccionar y organizar el pasado.



Fotografía: Zicri Colmenares. Fuente: Jesús Ortiz Figueroa, Historia de Baja California (2001)

La historia de Mexicali no es diferente. Situada en el extremo noroeste de México, esta ciudad fronteriza —que separa México y Estados Unidos— ha crecido entre el desierto y el río Colorado, entre días de calor y un ritmo de vida siempre en movimiento. Su desarrollo estuvo marcado por procesos económicos y políticos que moldearon su identidad: la colonización agrícola impulsada por la Colorado River Land Company a inicios del siglo XX, el auge algodonero que transformó el valle, y la industrialización y expansión maquiladora de los años sesenta y setenta.

Pero, ¿por qué la historia se cuenta así?, ¿por qué unas personas quedan al centro y otras en los márgenes? Para entenderlo, primero hay que detenerse en cómo se construye lo que creemos que es “la historia”. Ahí entra la historiografía, que no es otra cosa que la manera en que escribimos e interpretamos el pasado. No es un simple recuento de hechos: es un proceso donde se decide qué es importante, qué se ordena primero, qué se descarta y qué se convierte en “lo que pasó”. Y esas decisiones nunca son neutrales: responden a los valores, ideas y prioridades de la época. Todo eso —esas elecciones, silencios y énfasis— es lo que termina formando un discurso.

Cuando hablamos de discurso, hablamos justamente de eso: de la forma en que una sociedad cuenta el mundo. Qué se considera relevante, cómo se explican las cosas, qué versiones se repiten y cuáles no. Las escuelas, los gobiernos municipales, los archivos, la prensa y hasta las historias que contamos en la familia terminan reproduciendo estos discursos, que con el tiempo parecen naturales, como si siempre hubieran sido así.

Pero durante gran parte del siglo XX, ese discurso —y la historiografía que produjo— estuvo atravesado por un sistema social que otorga mayor legitimidad pública a los hombres y los colocaba como representantes “naturales” de la comunidad. Esto se expresaba en reglas que parecían obvias: quién podía participar en política, quién firmaba documentos, quién ocupaba puestos de dirección, quién escribía crónicas y quién custodiaba los archivos. Desde esos espacios se definía qué merecía guardarse para el futuro y qué quedaba fuera del registro.

Era una mirada pública centrada en las experiencias masculinas de la época no porque no hubiera mujeres presentes en esos mismos espacios, sino porque las normas sociales no las reconocían como sujetas históricas con derecho a ser nombradas. De aquí surge lo que podemos llamar discurso patriarcal. No hablamos solo de “hombres en el poder”, sino de un marco completo que, durante décadas, definió qué valía como historia y quién podría ocupar el centro del relato.

Bajo ese marco, los protagonistas legítimos eran quienes inauguraban obras, dirigían empresas, firmaban acuerdos o aparecían en fotografías oficiales. Y este enfoque moldeó directamente la historiografía. Si la historia se escribió desde los criterios dominantes de la época lo que se consideró “importante” fue lo que encajaba en esa visión del mundo.

Las mujeres formaron parte activa de la vida pública de Mexicali desde sus orígenes: trabajaron en comercios, impulsaron asociaciones civiles, fundaron y gestionaron escuelas, participaron en movimientos comunitarios y también en la política local.

Estuvieron en los mismos escenarios donde se definía la ciudad. Lo que ocurrió fue otra cosa: en los documentos oficiales y los relatos históricos, su presencia quedó reducida a etiquetas que las vinculaban a roles familiares —“la esposa de”, “la madre de”— o a descripciones genéricas que las dejaban sin nombre propio. Es decir: sí estaban, pero eran nombradas desde una mirada que no las reconocía como actrices históricas.

Por eso la historia oficial terminó narrando sólo una parte de lo que realmente pasó. Pero cuando revisamos con más cuidado fuentes como *La Voz de la Frontera*, *La Crónica*, los archivos municipales, fotografías antiguas o testimonios familiares, aparece un panorama muy distinto. Surgen maestras normalistas que impulsaron la educación en colonias populares; trabajadoras agrícolas que sostuvieron la economía del valle durante el auge algodonero; comerciantes y emprendedoras del centro histórico que fueron clave para el crecimiento urbano; enfermeras que participaron en la formación de los primeros servicios de salud; y organizadoras comunitarias que articularon comités y proyectos barriales.

En años recientes, esta forma de contar la historia ha comenzado a ser cuestionada por el trabajo de historiadoras y de nuevas generaciones de investigadoras que han vuelto a mirar los archivos, la prensa local y la memoria comunitaria con otras preguntas. Es desde ahí que empiezan a aparecer, con mayor claridad, las mujeres de las que se ha venido hablando a lo largo de este texto. Mujeres que no estuvieron al margen, sino en espacios clave de la vida pública de Mexicali.

Ahí está, por ejemplo, Felipa Velázquez, quien fue una figura clave para que los campesinos del Valle de Mexicali obtuvieran tierras en el Movimiento Asalto a las Tierras; o Aurora Jiménez de Palacios, quien comenzó su carrera política en Mexicali buscando impulsar el derecho al voto de las mujeres en 1952. Estos casos muestran que las mujeres estuvieron presentes en la vida pública de Mexicali, aunque sus trayectorias no fueron incorporadas plenamente en la historiografía local. Nombrarlas hoy no es solo un acto de reconocimiento, sino una forma de evidenciar que la historia de la ciudad siempre fue más amplia y diversa de lo que el relato tradicional permitió ver.

Lo anterior muestra que las mujeres estuvieron en todas partes: en la educación, la salud, la economía, la organización social y la vida cultural. Su participación no fue “extra” ni marginal: fue parte del desarrollo cotidiano de Mexicali. Lo que pasó es que las formas de contar la historia —esas formas heredadas del discurso patriarcal— no las reconocían como protagonistas, porque

asociaban lo histórico con espacios de autoridad formal ocupados mayoritariamente por los hombres.

Reconocer esto no significa “agregar” a las mujeres al relato como si fueran un anexo que faltaba, ni suponer que estaban ocultas. Significa entender que la memoria histórica de Mexicali quedó incompleta, moldeada por quienes tenían el poder de escribir, guardar y decidir qué sería recordado.

Felipa Velázquez



Fuente: [El algodón Salino](#)

Referencias:

- García, Janet y Solís, Marlene. (2018). Feminismos en la frontera norte de México: Un análisis desde la interseccionalidad y las identidades complejas. Estudios de Género, El Colegio de México.
- Guardia, Sara. (2015). La escritura de la historia desde las mujeres en América Latina. Lima: CEMHAL – Centro de Estudios La Mujer en la Historia de América Latina.
- Scott, Joan W. (1993). Género e historia. México: Fondo de Cultura Económica.